

## EN SILENCIO

Rechinando por el desuso, la puerta del departamento B6 se abría lentamente, dejando ver la silueta que se recortaba en el umbral contra la luz del pasillo. El silencio cayó como un telón cuando los goznes dejaron de quejarse y, tras un largo minuto que se hizo eterno, la señora Klaus entró por fin.

Otro ruido de bisagras sin aceite culminó con un portazo tras la figura de la mujer que caminaba con lentitud hacia la oscura sala, en la que muebles desgastados y raídos por alimañas reposaban pesadamente sobre el suelo de madera manchada y descuidada.

Se fue hasta la pequeña mesita y encendió la lámpara de gas, que enseguida llenó de amarillenta luz la sala, proyectando extrañas sombras en cada rincón.

Dejó el chal en el perchero que ocupaba un rincón custodiado por telarañas y en el que un rayo de luz de luna incidía desde un resquicio que la cortina de la ventana no lograba detener.

Ahora, sobre aquel cuerpo marchito y gastado por los años solo colgaba un sucio vestido de falda larga que alguna vez tuvo vivos colores y ahora sólo era un despojo viejo; de su cabeza caía una enmarañada cabellera enteramente blanca.

Sacó un cigarro y un encendedor del pequeño bolso que llevaba; al diablo los médicos y sus tonterías. Lo encendió y tras una profunda calada, exhaló una espesa voluta de blanco humo que se elevó, tomando formas fantasmales.

Con pesadez recorrió la estancia, cada paso que daba dejaba una huella oscura de barro seco en el suelo de linóleo.

- ¡Hola! - dijo, y su voz se hizo eco por toda la estancia. - ¿Lucas?, ¿Samuel? - los nombres se repitieron varias veces hasta desaparecer en un susurro, mas ninguna respuesta obtuvo.

Se recostó en el viejo sofá, que se hundió bajo su peso, levantando una fina capa de polvo cuyas partículas parecían bailar a la luz de la lámpara.

Cerró los ojos mientras expulsaba con premeditada lentitud otra bocanada de humo, pero no pudo evitar un acceso de tos y extrañas formas de rostros horrendos se amontonaron frente a ella.

Abrió de nuevo los ojos para hacer desaparecer aquellas visiones que le helaban el alma. Pero aún en el indecible silencio de su mente, aún incluso en aquel espacio íntimo que creía infranqueable, acudieron como flashes los recuerdos de los últimos años en los que estuvo al borde de la locura.

Iban y venían imágenes sin ningún orden: una pala de construcción, un pedazo de tierra húmeda excavada en una noche fría. Gritos, clamores y lamentos capaces de estremecer cada fibra del cuerpo y de hacer flaquear hasta el espíritu más valiente.

Estantes y muebles rodando y volando por doquier, extrañas apariciones, visiones espantosas y manos que se cernían sobre ella que parecían querer asfixiarle o romperle el cuello.

Súbitamente abrió los ojos, incapaz de aguantar más la sensación de vértigo.

Todo había pasado ya, y prueba de ello era aquel silencio que le permitía oír incluso los latidos de su propio corazón.

Todo había pasado ya, y volvió a repetirse que lo había hecho por ellos y ya no sufrían más. Importaba ya muy poco lo que aquellos médicos de segunda hayan dicho de ella.

Ahora, gracias a ella, descansan en paz.